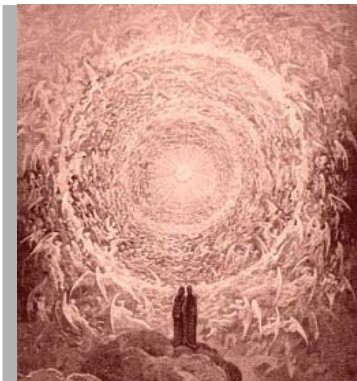


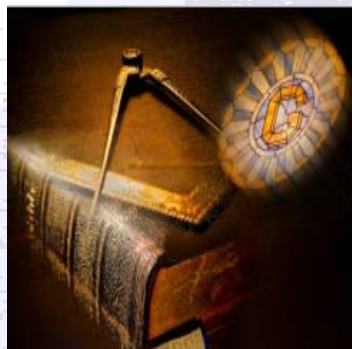


La rosa



La estrella de cinco puntas

Los juramentos



Sacralización de los derechos humanos: la conciencia humana



Bien, Mal, Libre Albedrío

Santuario



Edita: Gran Comisión de Publicaciones.
Administración: Supremo Consejo del Grado 33 y último del Rito
Escocés Antiguo y Aceptado para España.
Apartado de correos: 51.562
28080 Madrid España
e-mail: zenit@scg33esp.org

Zenit es una publicación plural y abierta que no comparte necesariamente las opiniones expresadas por sus colaboradores. Su contenido podrá ser difundido y reproducido siempre que se cite su procedencia.



Luz en la oscuridad: breve introducción a la venganz



La rosa

Manuel Salinas, 18º

Se ha dicho hasta la saciedad que pocos grados hay, dentro del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, tan sugestivos y ricos de simbología como el grado 18, llamado de diversas maneras, pero de entre cuyas denominaciones quizás la más extendida es la de Caballero RosaCruz. Esa sola palabra, Rosacruz, cuántas especulaciones desata, cuántas fantasías, cuántas sugerencias... Sin entrar aquí en el problema de origen histórico de este grado, ni en el problema de las relaciones entre el grado masónico en sí, y de la masonería en general, con el movimiento Rosacruz desarrollado en Bohemia y el Palatinado a principios del siglo XVII, constataremos que la atracción ejercida sobre la imaginación y sobre el espíritu por la palabra RosaCruz dimana en gran medida de la unión en ella, de la fusión, de dos símbolos básicos, importantísimos y de una riqueza de significados inigualable dentro de la Tradición occidental: la cruz y la rosa. Podemos pensar que la fuerza y la eficacia del vocablo RosaCruz se debe en gran medida a unir dos arquetipos fundamentales de la imaginación simbólica.

Tanto la cruz como la rosa se usaron como símbolos antes de la aparición del cristianismo, pero el hecho de que la cruz se convirtiera en el instrumento de suplicio y de ejecución de Jesucristo la ha vinculado estrechamente con la religión y la tradición cristiana. De la misma manera, la identificación de la Rosa con la Virgen María, interpretación efectuada ya por los Padres de la Iglesia primitiva, vinculó esta flor con la religión cristiana, aunque de manera mucho menos evidente y fuerte que en el caso de la cruz. De esta manera, la cruz en el centro de la rosa, que era por ejemplo el emblema de Lutero, podría interpretarse como una imagen de Jesús en el seno de su Madre; o, a la inversa, la rosa roja en el centro de la cruz, como la gracia y el amor divinos que Jesucristo ofrece a través de María. Estas interpretaciones son, de todas maneras, interpretaciones muy primarias y podría decir que exotéricas. Tanto la cruz como la rosa son susceptibles de interpretaciones más profundas y esotéricas. Sobre el esoterismo de la cruz se ha escrito de manera abundante; no tanto, en cambio, sobre el esoterismo de la rosa, sobre la cual autores como Guénon o Évola guardan un pudoroso silencio que da que reflexionar.

En primer lugar, podemos constatar que la rosa es símbolo dentro de la tradición occidental. En el Extremo Oriente, su equivalente es el loto (1). Cuando me refiero a la tradición occidental me refiero a la que deriva del libro revelado: judaísmo, cristianismo e islam.

La rosa aparece ya en el Antiguo Testamento, en el Cantar de los Cantares (2,1), cuando la amada dice: "yo soy la rosa del campo y la azucena de los valles":

Ego, flos campi, et liliū convallium

Fray Luís de León, en su comentario, dice: "La palabra hebrea es Habaceleth, que según los más doctos en aquella lengua, no es cualquier rosa, sino una especie de ellas en la color negra, pero muy hermosa y de gentil olor" (2)

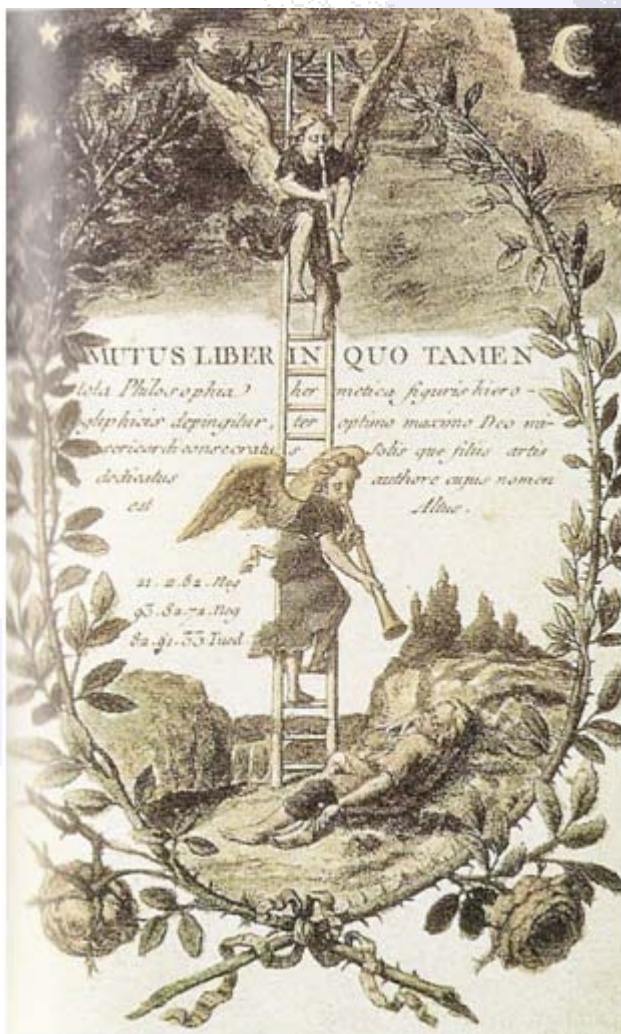
Dante la sitúa y la ve en el Paraíso (Paradiso XXXI, 1-3):

*In forma dunque di candida rosa,
Mi si mostrava la milizia santa,
Che nel suo sangue Cristo fece sposa.*

La rosa de Dante (candida) es, pues una rosa blanca, aunque el brillo dorado de las innumerables alas de innumerables ángeles le comunique también algo de dicho color.

En el mito de Adonis (divinidad fenicia, de Tiro concretamente, cuyo nombre significa “el Señor”), la sangre derramada al ser herido por un jabalí hace brotar rosas rojas o vuelve rojas a las rosas.

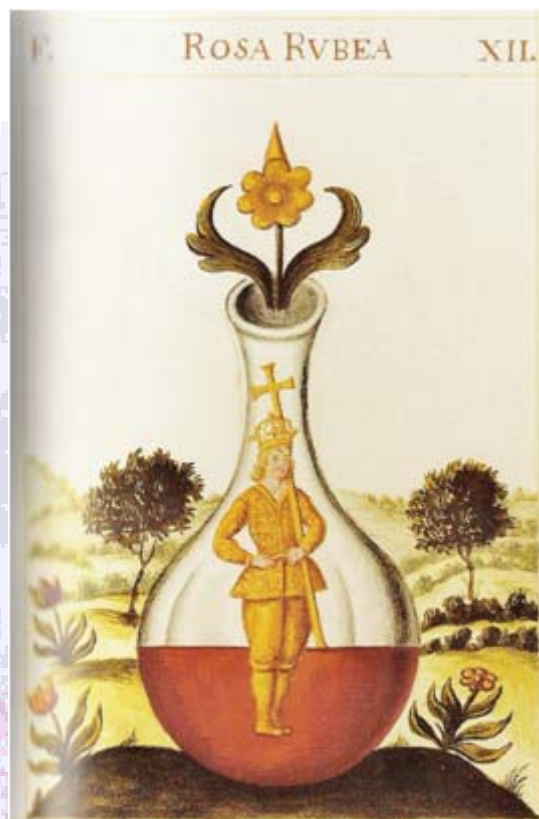
Vemos pues que hay distintos tipos de rosa, según su color, y el simbolismo que se le asocia o se le supone es distinto según sea dicho color. En relación con las rosas rojas, precisamente, y en cómo un elemento de un mito pagano pasó al cristianismo (sería interesante saber concretamente de qué manera, pues evidentemente expresan un mismo simbolismo), Guénon (3) cita un molde para hostias del siglo XII y una vidriera del siglo XIII de la catedral de Angers en los que se ve que las gotas de sangre del crucificado se transforman en rosas. Cita también una sacra de la abadía de Fontevault, del siglo XVI, cuyo bordado representa la rosa al pie de una lanza vertical, que es evidentemente la lanza del centurión Longinos, a lo largo de la cual caen gotas de sangre.



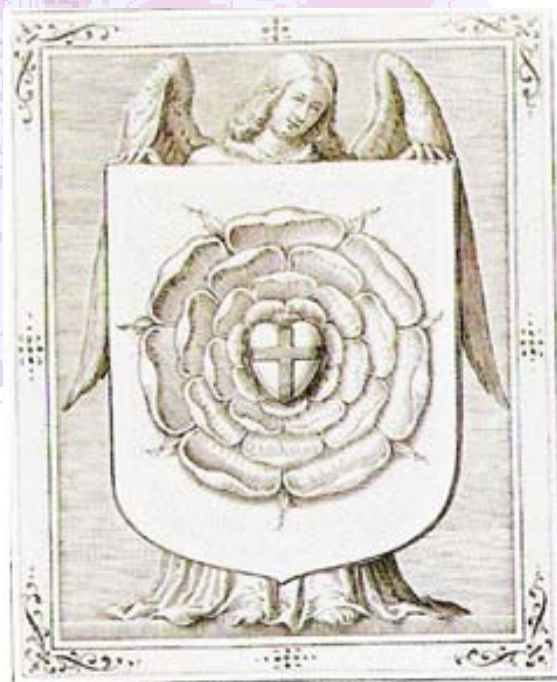
Las gotas, al caer sobre la rosa, la vivifican y la hacen abrirse. Guénon compara esta lluvia de sangre con el “rocío celeste” que, entre otros contextos, juega un papel muy importante en el simbolismo alquímico y rosacruz (4). Nosotros, por nuestra parte, creemos que en este caso la asociación con la lanza, como símbolo del axis mundi, le confiere a este símbolo una connotación caballeresca y guerrera, no sacerdotal.

En la literatura alquímica de época medieval y moderna la rosa jugó también un papel destacado, como imagen o símbolo de la Gran Obra o de alguna de sus partes. Como es bien sabido, dicha Gran Obra (Opus Magnum) no era solamente un proceso material que se verificaba en el laboratorio, sino también un proceso intelectual, emocional e iniciático en el más amplio sentido de la palabra cuya finalidad era la transmutación espiritual del propio alquimista. En una copia del Mutus liber, uno de los principales tratados de alquimia de la Edad media, en este caso de finales del XVIII, la lámina 1 representa el sueño de Jacob (5). Toda la escena se enmarca en dos ramos de rosa que se cruzan en X. La lámina 15 (6), que muestra la muerte corporal del Hércules pagano y la sublimación de su espíritu, que lleva sendas rosas rojas en las manos, se enmarca también en dos ramos que forman una chi griega X, signo de Cristo o de la luz revelada.

Una edición de la obra de Reussner, Pandora, realizada en Basilea en 1582 muestra el ouroboros como símbolo de la materia primordial, de la cual brotan tres rosas: blanca, azul y roja (7). Otro tratado alquímico del siglo XVII, llamado donum Dei, muestra una lámina cuyo título es “Rosa Alba”. La rosa blanca es el elixir de la balncura, que transmuta todos los metales en plata. La rosa rúbea es el elixir del rojo, que transmuta los metales en el oro más puro (8).



Dentro del esoterismo rosacruz, tal como se manifestó a comienzos del siglo XVII, los símbolos alquímicos tuvieron una gran importancia y, por supuesto, la rosa. La palabra formaba parte del nombre del fundador de la fraternidad, Christian Rosenkreutz, y del nombre que servía para referirse a sus miembros, los rosacruces. El estudio de Frances Yates acerca del iluminismo rosacruz (9), tal como se manifestó en el sur de Alemania y en Bohemia durante las primeras décadas del siglo XVII, ha demostrado la importancia de ocultistas ingleses como John Dee y Rober Fludd como fuentes de inspiración del pensamiento de Valentín Andreae, que pasa por ser el padre del movimiento. Igualmente, parece claro que el rosacrucismo de comienzos del XVII fue un movimiento de gran espiritualidad que buscaba principalmente una reforma del luteranismo que para esta época se había convertido ya en una religión tan encorsetada como el catolicismo romano. Se ha señalado justamente que el emblema de la Fraternidad, una rosa roja en el centro de una cruz, está probablemente inspirado en el escudo de Lutero, un corazón con la cruz en el centro de la rosa, con un ángel tenante (10).



Una lámina reproducida por Roob, p. 690, muestra un grabado de la obra de R. Fludd, *Summum bonum*, Frankfort 1620, en el que se ve una rosa compuesta de siete pétalos en la que liban las abejas y la inscripción dat rosa mel apibus ("la rosa da miel a las abejas"). El comentario de Fludd a dicha imagen es: "Toda la parábola del Cantar de los Cantares de Salomón se refiere al objeto de nuestra Rosa-cruz (...) Soy la rosa de Sarón y el lirio del campo".



En Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz , de Valentín Andreea, la obra fundamental del rosacruzismo seicentista junto con la Fama Fraternitatis , nuestro personaje parte, no a sus bodas, como muchos lectores apresurados del título creen, sino a las de un rey y una reina. Parte con el sombrero adornado con unas rosas rojas. Frances Yates cree que estas rosas son una alusión a los Estuardo, ya que la rosa era su emblema o blasón (11). Efectivamente, en el retrato de María Tudor por Antonio Moro la podemos ver con una rosa en la mano, en alusión a su apellido. No obstante, la rosa Tudor era una rosa compuesta, blanca y roja, como resultado de la fusión de las casas de Lancaster y de York al final de la guerra de las dos rosas. La

rosa roja era el emblema de los Lancaster y no se comprende bien por qué Christian habría de llevar el emblema de la casa perdedora y de una contienda acaecida más de dos siglos antes.

Tal vez habría que buscar el simbolismo de las rosas de Christian en otra parte, en el color rojo, color de la realeza y el pontificado, y en el simbolismo del centro, al que remite la estructura de la flor. J. Évola ha puesto dicho símbolo en conexión con el gibelinismo medieval y en particular con Federico II Hohestaufen, quien según la tradición recibió una rosa de oriente (ex oriente lux) (12). No es menos importante, en este sentido, que Dante coloque en la rosa de su Paradiso (XXX, 135-140) a Enrique VII, emperador del Sacro Imperio.

Por lo que respecta a dicho simbolismo del centro, la rosa se relaciona con otros símbolos y, en particular, con la rueda. La apertura de la flor simbólica constituye una irradiación en torno al centro, es una figura “centrada” lo mismo que la rueda. “La apertura de la flor representa a la vez el desarrollo de la manifestación, considerada como producto de Prakrti (13). Y, en este sentido, debe recordarse lo que se dice al maestro recién exaltado acerca de lo que es un centro, donde debe hallarse un masón.

Estar in rosa , o estar sub rosa , es por tanto también hallarse a resguardo del error y del error.

Rosa y rueda simbólica simultáneamente, el rosetón de las catedrales góticas construidas por los compañeros del oficio es una imagen llena de significados. Es cierto que el rosetón no es exclusivamente gótico. Ya en algunas iglesias románicas se puede ver un óculo sobre el portal principal de la iglesia, aprovechando el espacio que queda entre la cubierta a dos aguas y la clave del arco del pórtico. En el ábside occidental de la catedral de Worms, por ejemplo, ciertamente la parte más tardía de la obra y más próxima a la época gótica, se puede ver un hermoso aunque modesto rosetón. Pero es en las catedrales góticas, en sus tres fachadas, en las que el rosetón despliega con mayor belleza su fantasía de piedra y luz.

Hay numerosos datos que muestran que la catedral gótica era el símbolo visible de la iglesia y de la ciudad celeste, según declaraba el impulsor del primer monumento gótico, Suger abad de Saint Denis. De acuerdo con la doctrina de San Agustín, la luz era la forma más pura y, por tanto, es el símbolo más evidente de la divinidad. La teología cristiana, según se expresa en el evangelio de San Juan, tiene como centro la encarnación del verbo divino, como luz que viene a iluminar el mundo. La liturgia de la iglesia confirió realidad enseguida a esa idea, al apropiarse la antigua fiesta pagana del natalicio del sol como fecha de la Navidad. Antes de que acabara el siglo XIII, es decir, en la plenitud del gótico, era costumbre el leer al final de cada misa el pasaje inicial del evangelio de san Juan (14). En el edificio gótico, por tanto, la luz, al inundar todo penetrado por las grandes vidrieras es símbolo de Cristo que penetra, vivifica e ilumina su iglesia.

Ya en el primer edificio gótico, que es la abadía de Saint Denis, su constructor, Suger, había concebido la portada como porta caeli, la puerta del cielo (von Simson, 129). Por ello había elegido el tema del Juicio Final como el principal tema iconográfico para decorarla, en la idea de que al franquear el umbral se abandonaba este mundo terrestre y se pasaba al mundo celeste. No conocemos exactamente la forma primitiva de esta fachada, dañada por la Revolución y remodelada varias veces, pero se observa ya en su frente un rosetón u óculo coronando la calle central de la misma.

En Notre Dame de París, donde el gótico se expresa en toda su pureza y perfección, el rosetón se sitúa en el centro justo de las calles verticales y de los pisos horizontales de la fachada. El esquema de la fachada de la catedral de París se atiene tan exactamente a la proporción áurea que la belleza serena que emana es fruto simplemente de esa proporción. La fachada se inscribe en un rectángulo vertical cuya proporción es 3:2. Dentro de él se definen tres cuerpos o pisos en altura. El primero comprende el pórtico de ingreso con la galería de los reyes que corre sobre él. El segundo va de la balaustrada al dintel de la galería calada, sobre la cual se alzan las dos torres, que constituyen el tercero. Cada uno de estos tres pisos está recorrido a su vez por tres calles verticales que delimitan 9 rectángulos que se atienen a la misma proporción. El rectángulo central del segundo piso se descompone en dos por la línea de imposta que separa los ventanales de la galería calada superior, resultando de esa manera un cuadrado en el que se inscribe el rosetón occidental. Es decir, en la convergencia de los dos ejes, horizontal y vertical. El rosetón iluminado se halla pues en el centro mismo, en la intersección de la cruz, al igual que la rosa. La luz que inunda el templo procede del centro de la cruz y se puede interpretar como Dios mismo en el centro de cruz o el corazón de Dios en su centro. De esta manera, el simbolismo de la Rosa-Cruz se relaciona también con el símbolo del Sagrado Corazón.



Los tres rosetones de las catedrales, bañados por la luz del sol en distintos momentos del día, se teñían de diferentes colores: azul oscuro el rosetón septentrional, en el que el sol no incide nunca; blanco-dorado el rosetón meridional que el sol baña de luz en la plenitud del mediodía, y rojo púrpura el rosetón occidental que atraviesan los rayos de sol en el crepúsculo. Estos tres colores, como vimos antes, se refieren a las fases de la Gran Obra. En Chartres, el rosetón septentrional está dedicado a los antepasados de la Virgen y en particular a Santa Ana. El color predominante es el célebre azul de Chartres. Este azul oscuro intenso recuerda el negro de la putrefacción y de la primera fase de la obra alquímica. Y tal vez no sea casualidad que en los escritos alquímicos a Ana, como madre de la Virgen, se la identifique con la materia prima y con la tierra negra. Una lectura detenida de otras catedrales francesas, como Amiens o Reims, mostraría la importancia simbólica de la rosa de luz. Hay un poema de Goethe que parece evocar a la vez estos rosetones góticos y

las ensoñaciones pictóricas de Gaspar David Friedrich (Die Geheimnisse): "La cruz está entrelazada con la rosa/ ¿Quién ha puesto rosas en la cruz?/(...) Del centro mana una vida sagrada/ un triple rayo sale en un solo punto..."

Hasta aquí una aproximación analítica al símbolo representado por la rosa. Pero sentimos que algo se nos queda en el tintero. La rosa no es una explicación, sino una experiencia. Y entrar en esa experiencia, sentirla y vivirla, es algo casi inefable (recordemos la canción de Gilbert Bécaud: "l'important c'est la rose/ crois moi...", en que la lengua francesa no distingue el sonido de crois y croix), es decir, inexpresable.

Lo primero que podemos decir es que la rosa rosacruz y la rosa alquímica no son rosas silvestres. Es una flor cultivada, como se deduce de un grabado que muestra a un individuo que se acerca sin pies, al jardín cerrado (hortus conclusus , paradisios) en el que están las rosas. Dicho grabado pertenece a la obra de Michael Meier Atalanta fugiens , Oppenheim 1618, y el texto explica que el que quiera ir al jardín de rosas filosófico sin tener la llave hace como el hombre que quiere andar sin pies (15). Meier era rosacruz. Otra lámina, de un tratado alquímico del XVIII, atribuido al pseudo-Eleazar, muestra unos labradores que trabajan en una avenida o paseo de tejos o cipreses al final del cual hay un viejo roble, del que nacen rosas rojas que son "la sangre del anciano o de nuestro oro secreto" (16) .

Esta idea de cultivo, de cultura, remite también a una idea de labor, de trabajo. La rosa no se consigue fácilmente. Es fruto de un esfuerzo, de un trabajo, y a ello aluden sus espinas, que simbolizan las penalidades de quien quiere conseguirla. Es entonces, cuando se ha penado y se ha sufrido, cuando la roja rosa de sangre de Jesucristo, entendido como símbolo del sufrimiento por amor, se abre y florece justo en el centro del hombre simbolizado por la cruz, en su corazón entendido como centro simbólico, y su perfume inunda el alma. ¿Qué significa esta rosa que florece en el centro de la humanidad? En nuestra opinión significa la radical (entendida como su raíz) dignidad de la condición humana, del hombre, de todos los hombres, que se abre y florece en su centro. Tal vez por eso mismo, por su radicalidad, por su centralidad, por su profundidad, resulte un símbolo tan inasible y tan inexplicable. La rosa no se explica, se siente. Quien mejor lo expresó fue el poeta Juan Ramón Jiménez, cuando escribió:

*¡No le toques ya más,
que así es la rosa!*



(1) R. Guénon, "Las flores simbólicas", en *Simbolos fundamentales de la ciencia sagrada* , Barcelona 1995 (1ª, París 1962), 61.

(2) Salomón, *El cantar de los cantares. Versión de Fray Luís de León*, Madrid 4ª ed. 1969, 38.

(3) *Op. cit.*, 62.

(4) *Op. cit.*, 63.

(5) A. Roob, *El museo hermético. Alquimia y mística*, Colonia 1997, p. 377.

(6) A. Roob, *op. cit.*, 391.

(7) *Ibid.*, p. 420.

(8) *Ibid.*, p.446-447.

(9) F. A. Yates, *El iluminismo rosacruz* , México 1981 (ed. inglesa 1972).

(10) Reproducido por Roob, *op. cit.*, p. 691.

(11) F. A. Yates, *op. cit.*, p. 88-89. No es cierto, como dice la autora, que las rosas rojas sean un símbolo de San Jorge y de la orden de la Jarretera. Sí que lo eran de los Lancaster y, después, de los Tudor y de los Estuardo como descendientes suyos. Isabel Estuardo, hija de Jaime I de Inglaterra y esposa de Federico elector Palatino, con cuya boda se esperaba formar un potente bloque anticatólico, sí que las ostentaba.

(12) J. Evola, *El misterio del Grial*, Barcelona 1977 (ed. italiana, Roma 1972), p. 275.

(13) R. Guenon "Las flores simbólicas" *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Barcelona 1995 (1ª, París 1962), 61.

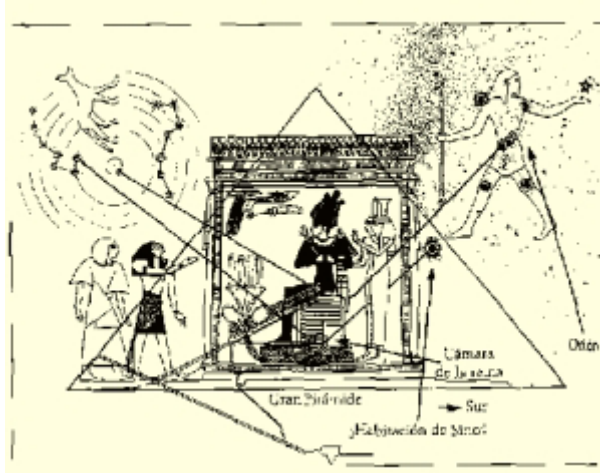
(14) O. von Simson, *La catedral gótica*, Madrid 1980 (1ª ed. NY, 1956), p. 74. Es definitivo todo el capítulo 2 "La medida y la luz".

(15) Roob, *op. cit.*, 351.

(16) Roob, *op. cit.*, 399.

DE EGIPTO VIENE TODA INICIACIÓN.

Los antiguos egipcios ya identificaban a sus reyes con una estrella de la mañana, la que hoy conocemos como SIRIO



El Rey es una Estrella...

El Rey aparece como una estrella...

¡ Mira!, el Rey se alza como una estrella...

Oh Rey... sé un alma como una estrella viviente...

Yo (el Rey) soy un alma...Yo soy una estrella de oro ...

En sus jeroglíficos aparece esa estrella de cinco puntas, la estrella SOTHIS, la estrella del perro, identificada como decíamos antes, con SIRIO de la constelación del CAN MAYOR y que se eleva sobre el horizonte justo antes de la avenida del Nilo, de la regeneración de las tierras de Egipto.

Osiris renace una vez al año, ha sido muerto por su hermano Seth, el mal, y debe volver a nacer para que el Bien prevalezca.

Aparece así, como principio de una religión instituida, el mito de la Dualidad en continua lucha, y el triunfo de una de ellas.

Moisés trasladará ese mito en su Génesis y llegará hasta nuestros días.

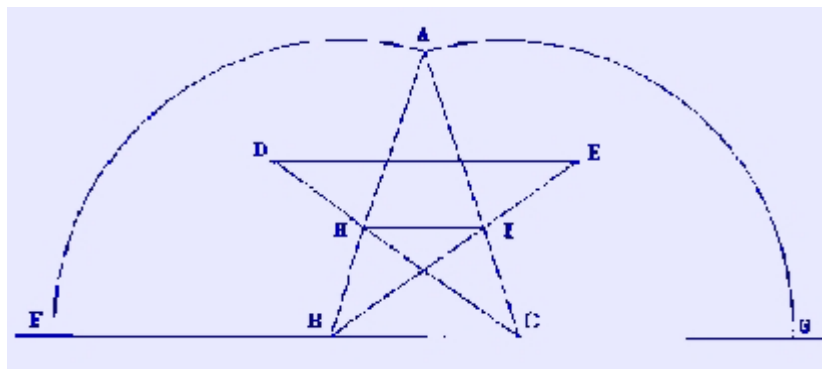
ROMA.

De cualquier forma y sobre todo arquitectonicamente el uso de la estrella de cinco puntas es la base de muchas de las estructuras que hoy conocemos como:

La Estrella Llameante y sus medidas que corresponden según los arquitectos de la antigua Roma, a el palmo, la palma, la cuarta, el pie y el Codo Real.

Siendo la cuarta la distancia comprendida entre el pulgar y el meñique de una mano extendida y tomándolo como unidad(lado de la estrella) el cálculo de las demás medidas es el siguiente:

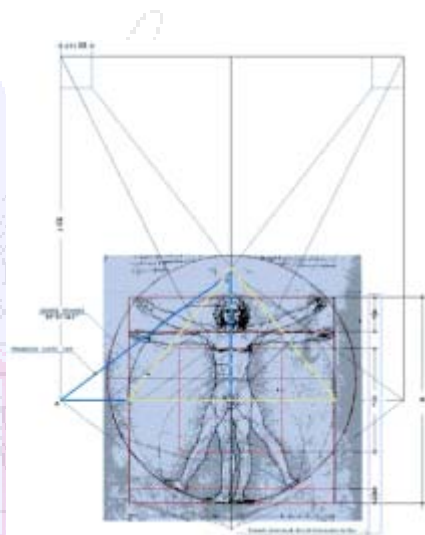
HI= a palmo
BC= a palma
AB=a cuarta
FC= a pie
FG= a Codo Real.



Vitruvio es el padre de la arquitectura actual, sus estudios sobre estructuras y medidas son un clásico entre nuestros titulados medios y superiores en técnicas arquitectónicas.

Él desarrolló un esquema, que después aprovechó otro genio.

Leonardo Da Vinci, para inscribir en él, al ser humano como medida maestra de la Creación

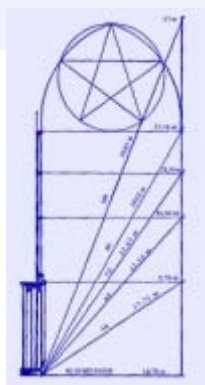


LA EDAD MEDIA Y SUS CATEDRALES



La estrella es la clave, por ejemplo:

Esta figura contiene en si la Proporción Divina o Número Aureo, permitiendo el diseño perfecto del arco mitral gótico.



Otro maravilloso ejemplo es la construcción de la Catedral de Chartres, donde sus proporciones, incluso contienen una clave en notas musicales.



O quizás otra estructura también interesante:

La estrella llameante y el Quiquefolio, la flor de cinco hojas, la rosa pentapétala.

Los rosetones y los vitrales, la luz como un elemento más en el recinto sagrado.

Estar Sub Rosa era estar en el camino iniciático.



La estrella de cinco puntas

Miguel Ángel Paredes, 32º

La estrella de cinco puntos es el símbolo que aparece más abajo y que es recurrente en los diferentes grados masónicos.

Pero ¿qué es?, ¿qué representa?

¿Es una estrella?

¿Una figura geométrica?

¿Un símbolo de qué?

Acaso la figura esquematizada de un ser humano, estudiemoslo.

Evidentemente representa en primera instancia el número cinco.

Numerológicamente es cuatro más uno, la materia y otra cosa más, el cuerpo físico y lo que lo hace ser humano.

El cinco es la mitad de los nueve primeros números y como tal, está considerado por los pitagóricos como un signo de unión.

Es el número nupcial y Plutarco escribe sobre esto:

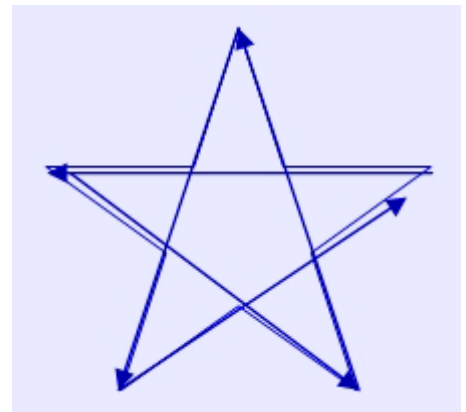
Tomemos el dos como origen de los números pares, y el tres como el de los números impares.

Al sumar los dos obtenemos el cinco, al que tenemos que honrar, pues el primero de los números formados por con un número par y otro impar, y al que se ha llamado nupcial por el parecido del número par con la mujer y el impar con el hombre.

Y sigue diciendo:

El cinco en forma de pentágono estrellado o pentagrama, simboliza al hombre, con las piernas separadas y los brazos extendidos en horizontal.

El cinco, es sinónimo de orden, de equilibrio y de armonía.





O quizás sea la Estrella de los Sabios, la que aparece en la Obra indicando su éxito y su culminación.

El sabio señala los dos caminos: el de la “Vía breve”, del fuego, de la intuición directa; el de la “Vía larga”, del agua, de la experiencia.

La estrella, junto con el cuadrado y el círculo marcan las tres etapas de la iniciación. (Le Puy, claustro).



En Amiens el maestro escultor nos da la clave de esa estrella misteriosa.

El Divino Maestro dirige la mirada de tres discípulos a la estrella de la Iniciación (de siete puntas).

La Estrella de David, como es llamado en el Nuevo Testamento, que es la Verdad , el Camino y la Vida.



Quiero terminar con otra imagen que sintetiza todo lo anterior:

“Oh brillante Estrella de la mañana, que al aparecer aportas Paz y Salvación a aquellos de la raza humana que supieron permanecer fieles...”

“Cuando dos o más os reunais en mi Nombre, YO estaré con vosotros”.



Los juramentos

José Antonio González Sánchez, 33º

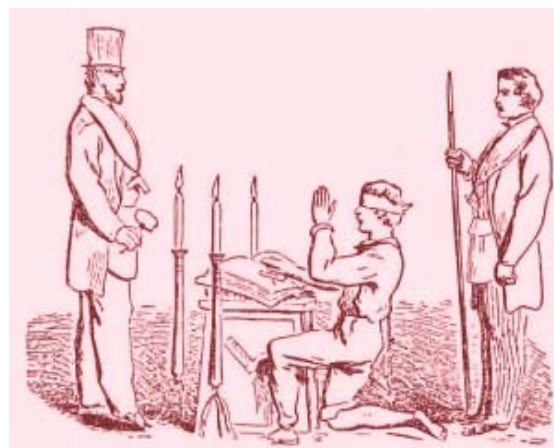
Si siempre se ha considerado positivo por todo hombre sensato, hacer, de vez en cuando, un ejercicio de introspección sobre su propia conducta, mucho más lo suele ser para nosotros, los masones, que no debemos descuidar nunca la inacabable y delicada tarea de pulir la piedra cúbica. Por ello parece indicado en estos momentos, como un tema cualquiera de los muchos que conviene recordar, el hacer una reflexión, aunque breve, de lo que implican los juramentos que, a lo largo de nuestra permanencia en la Institución vamos prestando los masones, porque, y aunque esto pueda parecer extraño, parece que no todos adquirimos conciencia exacta del sentido profundo que aquellos encierran.

Enumeraremos primero, aunque extractado, lo que en la adquisición de cada Grado vamos jurando:

En el momento de la iniciación, cuando se nos admite y confiere el Grado de Aprendiz, juramos solemnemente en presencia de todos los HH\, entre otras cosas, lo siguiente: "...Juro amar a mis HH\, socorrerles y prestarles toda mi ayuda en sus necesidades..."

En el Segundo Grado juramos "...actuar como un fiel Compañero, amar y socorrer a mis HH\ y mantener los principios aprendidos..."

Y en el Tercer Grado, cuando adquirimos la plenitud de derechos, nos comprometemos a "...mantener y aplicar en mis palabras y actos los principios del simbolismo de la escuadra y del compás, cumplir siempre con fidelidad y celo las obligaciones que impone el Grado de Maestro; y renuevo mi promesa de amar, socorrer y ayudar a mis HH\ ..."



Esto es lo esencial que contienen esos juramentos.

El hombre verdaderamente responsable, siempre se ha distinguido por respetar su palabra. La palabra dada a otro, que contuviera promesa de hacer, o de no hacer, era hace tiempo, aunque tampoco tanto, como un contrato entre gentes honestas. Lo acordado verbalmente se cumplía con exactitud; no hacían falta documentos. La palabra que conllevaba compromiso había que cumplirla, y se cumplía, aunque ello comportara sacrificio o esfuerzo, porque era palabra verdadera. Y matizo esto; digo verdadera porque estaba dicha con verdad, o sea, con intención de respetarla y cumplirla honrando así a quien, o quienes, la habían dado. Y sabido es, que el castigo para quien no la cumplía era, cuando menos, el descrédito, la deshonra y el menosprecio a los ojos de los demás. De ahí la conocida frase coloquial tan utilizada en nuestro país: "No es persona de fiar", y también en sentido contrario, "Es persona de fiar". Permitidme insistir en que esto cuenta únicamente entre personas honradas. Los granujas son y serán siempre, harina de otro costal.

Y aún cuando en los tiempos actuales, la palabra ha sufrido una "depreciación" tremenda, valga el término económico utilizado, todavía cuenta, como contará siempre, entre las personas de honor.

Y si esto es aplicable en la vida profana, ¿Cuánto más será de aplicación en el ámbito masónico?

Todo lo dicho anteriormente, enlaza con el asunto de los juramentos que hacemos los masones ante el ara. Preguntémonos: ¿estaban nuestras palabras, cuando las pronunciamos, plenas de verdad? ¿Había en nosotros el propósito sincero de cumplirlas, aún a costa de sacrificios? ¿O eran meras fórmulas que había que pronunciar sin que ello implicara mayor trascendencia?

Sin duda que, cuando pronunciamos nuestros juramentos, los HH\ que nos observan nos creen sinceros, porque no cabe esperar menos de alguien que ingresa en una Orden iniciática con el propósito, al menos aparente, de perfeccionarse moralmente.

Entonces ¿qué es lo que determina que algunos HH\ (aunque pocos, afortunadamente) no hagan honor a las promesas y juramentos prestados?

Llegado éste punto parece necesario plantearse una nueva cuestión derivada de la anterior, como es, ¿Cuáles son los motivos que llevan al hombre a solicitar su ingreso en la Masonería? No es fácil responder ésta pregunta porque pueden ser muchos y variados, pero vamos a intentar agrupar los que más parecen influir en esa decisión. A mi juicio, y es, por supuesto, una opinión subjetiva, son, esencialmente tres.



En primer lugar, la curiosidad. No son pocos los que solicitan su ingreso guiados por la curiosidad. Hay quien solo pretende, en principio, conocer algo sobre ésta aparentemente secreta y controvertida Institución. ¿Qué será eso de la Masonería?, ¿qué hacen los masones en sus templos con tanto misterio?, ¿Será verdad que hay prácticas raras o demoníacas en sus ritos?, ¿por qué han sido tan perseguidos y denostados la mayoría de las veces y, sobre todo, en nuestro país? Bueno, pues yo quiero enterarme, y como ahora tengo la oportunidad porque me la brinda Fulano o Zutano, voy a pedir el ingreso a ver que hay ahí dentro. Eso, poco más o menos,- es lo que suelen pensar. Y lo hacen. Y si son personas de orden y de buen concepto en su entorno, son admitidos, porque ocultan a sus aplomadores sus verdaderas intenciones fingiendo un interés (filantrópico, filosófico, esotérico) que realmente no tienen.

Pero los que vienen guiados esencialmente por la curiosidad, suelen durar poco en la Orden. La mayoría, suelen pedir la baja, o despedirse simplemente "a la francesa"- en cuanto comprueban que aquí no nos comemos a nadie, que no conspiramos contra nadie, que no hay prácticas demoníacas, ni hechicerías o brujerías, sino que nuestros postulados van, fundamentalmente, dirigidos a hacer de un hombre bueno otro mejor. Y entonces, como no era eso lo que les importaba o atraía, simplemente se aburren. Y se van.

Claro que hay casos de "curiosos", que aguantan algún tiempo -más o menos largo- pensando que, tal vez, en los Grados siguientes se irán descubriendo esas "cosas" que ellos buscaban y que eran motivo de su interés. Pero cuando alcanzan esos grados y comprueban que nuestro principal designio es ayudar al hombre a perfeccionarse, y no otra cosa, su decepción es tan grande que acaban por abandonar sin vuelta atrás.

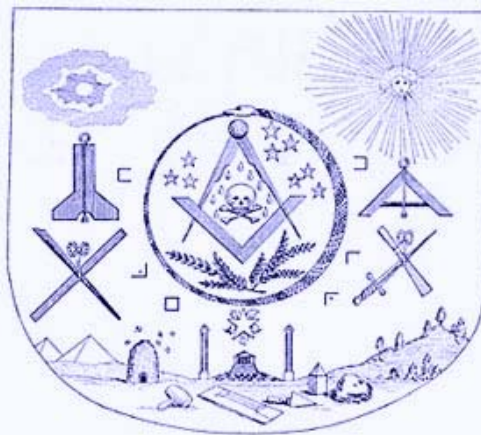
Evidentemente que no es agradable ni deseable que esto suceda, pero ¿cómo evitarlo de manera eficaz? Es difícil, muy difícil, porque siempre habrá personas que son diestros en el arte de fingir y que lograrán, al menos durante un tiempo, sorprender la buena fe de quienes los "aploman", y de quienes los reciben

En segundo lugar podríamos encuadrar a los vanidosos. Este grupo es bastante más numeroso de lo que cabe suponer en una institución como la Masonería. Y peor.

En primer lugar, y haciendo un breve inciso antes de continuar, tenemos que reconocer que no hay ser humano que esté exento totalmente de vanidad. Todos, absolutamente todos, la tenemos. ¿Quién no es, aunque sea de manera ínfima sensible al halago? Incluso, aunque sea merecido, de alguna manera nos agrada. La cuestión está en saber, y también en poder resistir esa tendencia. Sin entrar en muchas profundidades sobre el tema, porque no es asunto de ésta plancha, sí se puede afirmar que la vanidad es uno de los escollos más difíciles de salvar en la tarea de "pulir la piedra". Y también que el arma más eficaz es emplear la reflexión, la meditación y la razón. Cuando hacemos esto, y actuamos bajo la premisa de admitir que alguna vanidad tenemos, vamos por el buen camino para dominarla y cuando intentamos dominarla, de una manera consciente, casi siempre obtenemos buenos resultados. Pero, hay que querer primero, y además saber hacerlo.

Pero volvamos al vanidoso irreflexivo, que piensa que eso no va con él, e incluso, al patológico, que ni tan siquiera admite la posibilidad de que él pueda estar "contaminado" de algo así.

Aquí habría que detenerse más de lo que parece prudente en un trabajo de éste tipo que -aunque no lo creáis, pretende ser breve-, para intentar explorar un poco todo ese campo de posibilidades y variedades de vanidosos con que podemos encontramos. Y a quien le pueda parecer un disparate éste aserto, baste recordar que la vanidad, como tantas otras cosas, tiene también sus grados que pueden ir, desde el vanidosillo que intenta hacerse notar -y no precisamente por sus méritos- hasta el gran vanidoso cuya soberbia le hace creerse a sí mismo ombligo del mundo, de tal manera que no admite nunca opiniones contrarias a la suya, ni que dejen de prestarle atención y que intenta siempre sobresalir, y no pasar nunca inadvertido porque constituye para él una terrible humillación



Este grupo de personas es mucho más temible. Y no so lo por cuanto no serán verdaderos o auténticos masones de corazón, en tanto son incapaces de aprender, y menos aún de aceptar, el principio de humildad que debe impregnar nuestros actos, sino porque además, guiados siempre por su vanidad, cuando ya han sido admitidos y permanecen entre nosotros, sus esfuerzos no irán dirigidos a la principal finalidad que es desbastar primero, y pulir después la piedra bruta, sino a obtener medallas y "honores", lo que les lleva, al equivocar el fin, a no entender prácticamente nada de la esencia masónica. Porque el masón que la entendió bien, sabe perfectamente que los verdaderos "honores" y "medallas" en nuestra Orden son el respeto y la estima y consideración de los HH\, ganadas "a pulso" mediante el ejercicio continuado y discreto de aplicar a nuestros actos y conducta los acertados principios básicos que enseña la Masonería.

La afición de estas personas a destacar, los conduce además, ya que interiormente nunca se ajustarán a la escuadra, cosa demostrada por la experiencia, a propiciar polémicas basadas en falsos planteamientos, cayendo en el sofisma, a ser intolerantes, olvidarse de la fraternidad, caer en críticas, las más de las veces infundadas e improcedentes y, a revestirse, en fin, de hipocresía para disfrazar así sus verdaderos deseos y propósito de alcanzar tal o cual oropel con que satisfacer su vanidad. Constituyen éste tipo de personas, más una rémora para la Orden que otra cosa, porque apenas si aportan nada, ni suelen ser de utilidad ya que, cuando llega el momento de "arrimar el hombro", como decimos coloquialmente, casi nunca están disponibles cuando la tarea requiere dedicación, trabajo, esfuerzo o incluso sacrificio (ya sea en tiempo, en dinero o en cualquier otra forma). Procuran agenciarse tareas o lugares para destacar, pero que apenas les suponga esfuerzo y sí admiración por parte de los HH\. Admiración o consideración que, por cierto, únicamente suele producirse en sus poco equilibradas mentes, ya que los HH\ sensatos (que son gran mayoría, afortunadamente) únicamente aprecian, como dicta el buen sentido, las buenas y acreditadas cualidades de quien las posee y las aplica con modestia y ponderación.

Y, por último, nos queda el tipo de personas, que evidentemente son los más, que llama a nuestras Puertas, por diversas motivaciones, pero todas ellas plenas de sana intención. ¿Y cómo denominaríamos a esas personas? La verdad, no sé, no se me ocurre en éste momento. Pero lo que sí sabemos todos es que, la mayoría de ellas, se sienten atraídas por alguna o algunas de las actividades más nobles que puede desarrollar el ser humano; la filosofía, el altruismo, filantropía, conocer algo más sobre esoterismo, o simplemente han oído hablar positivamente de nuestra Orden y desean conocer algo más, con afán de perfeccionamiento.



Y cuando son éstos, o algún otro semejante, los motivos que acercan a esas personas a nosotros, y una vez aceptados, se dedican verdaderamente y con tesón y serenidad a la noble tarea de labrar la piedra. Y prestan atención a cuanto ven y escuchan, y estudian, y se interesan por las actividades de su Logia, y participan en la medida de sus posibilidades, y ayudan si pueden, y se van integrando, cada vez con más intensidad a nuestros trabajos, y hacen, por lo menos, el intento de aplicar en sus vidas y hacia los demás las enseñanzas recibidas, manejando la regla y la escuadra, el nivel y la plomada, y constituyéndose con el tiempo a sí mismos en material idóneo que incorporar a los pilares que han de sostener el gran templo que intentamos construir.

Pues bien, cuando esas personas prestan un juramento ante el ara y en presencia de sus HH\ y no sólo una vez, sino en repetidas ocasiones, ¿pueden haber muchas dudas sobre la decidida voluntad de cumplirlos que están poniendo de forma totalmente voluntaria y consciente en las palabras que pronuncian y los compromisos que están contrayendo?

Al hilo de lo dicho, estoy recordando en este momento el ejemplo de aquellos Hermanos, de los cuales ya casi ninguno queda, que fueron obligados a retractarse de sus juramentos y abjurar de sus ideales, cosa, por cierto, que todos sabemos es imposible porque quedan en el fuero interno de la persona, unos por conservar su vida, y otros por conseguir su libertad después de largo encierro y poder reunirse con los suyos, en aquella época de iniquidad y oscurantismo en que un determinado sistema persiguió con extrema dureza a nuestra Orden. Y, a pesar de todo, cuando las circunstancias cambiaron y les fue posible, no dudaron en integrarse otra vez a la misma actividad por la que fueron perseguidos, haciendo honor a los juramentos que, en su día, prestaron, y que nunca habían olvidado. Sirvan a todos nosotros de ejemplo.

Perdonad éste emocionado recuerdo a aquellos HH\ , porque yo tuve el honor de conocer y tratar a algunos de ellos, y recibir sus enseñanzas. Y en más de una ocasión me ayudaron a superar difíciles pruebas y situaciones emocionales, y mucho me sirvió su experiencia, porque ellos eran el más vivo ejemplo del buen hacer.

Y retornando a nuestra reflexión inicial, solo me resta decir, por ahora, que, si hemos aprendido a distinguir bien, aplicando para ello nuestras herramientas de trabajo, tal vez podamos, encuadrándolo en el grupo que proceda, explicarnos mejor por qué algún Hermano falla, cuando hace lo contrario de lo que debiera, olvidando o incumpliendo descaradamente los juramentos que, en una o varias ocasiones formuló, en desdoro de su prestigio -si es que lo tuvo- y en perjuicio de los demás y de la Orden en general.



Sacralización de los derechos humanos: la conciencia humana

Jesús Baltanás, 9º

Entre animales de una misma especie, existe una cierta afinidad natural. Decía Tomás de Aquino que “todo animal ama lo que es semejante a sí”.

Entre los seres humanos esta afinidad es mucho más perceptible y evidente: estamos, de manera natural, mucho más unidos que cualquier otra especie porque se une a lo puramente físico, lo espiritual. De esta forma al ser humano no le es indiferente el comportamiento de los demás y experimentamos el comportamiento ajeno, ya sea positiva o negativamente, aunque no nos alcancen sus efectos aparentemente, porque de una u otra manera tiene un efecto positivo o negativo en nosotros.

La vida activa del ser humano consiste en sus relaciones con el resto de seres de su misma especie. Todo lo demás que el ser humano hace sólo constituye el escenario y la oportunidad para crear, cuidar y sostener la relación con otras personas.

Esa relación o comunicación con otros seres humanos admite (bajo mi criterio) dos modalidades: o es una relación de débito o es una relación gratuita. O el ser humano obra mirando directamente bienes particulares u obra mirando el bien común, más universal.

De esta forma llego a la conclusión que la comunicación o la relación entre los seres humanos siempre existe por dos razones: o por justicia o por razones de amistad o fraternidad y en eso consiste la vida.

Estas relaciones no son excluyentes entre sí, mas bien se da el paradigma que el bien más universal incluye el bien particular y lo supera; de esta manera cuando obramos a favor de los demás lo hacemos también a favor nuestro. En este sentido llego también a la conclusión que la relación ideal entre los seres humanos es la relación fraterna, pues el bien que genera es más universal, sin embargo, para que esta fraternidad pueda darse, es preciso que se den primero relaciones de justicia, es necesario que el trato entre las personas sea, en primer lugar, recto y justo.

La consecuencia primera e inmediata del trato justo entre los hombres es la “conciencia limpia”, de esta manera las personas no les atormentan, ni les inquietan los “movimientos interiores” que le aquejarían de no obrar de esta manera, pero además, en relación con los otros, la justicia prepara la fraternidad y de esta manera sienta los principios de la paz.

Una paz que va de dentro hacia afuera. Una paz que es la consecuencia de esa conciencia limpia. Ésta es la misión que cumple el derecho en las relaciones humanas: prepara a los seres humanos para concordar mutuamente y sienta los fundamentos que hacen posible la PAZ.



Podemos constatar fácilmente que la violencia se manifiesta en tanto en cuanto no se asienta la paz, es decir la injusticia genera violencia en el género humano de una manera u otra.

Evidentemente la manifestación humana viene dada por la polaridad que existe en nosotros: lo positivo y lo negativo. Esta dualidad está presente en todos los seres humanos y en todas las culturas conocidas de nuestro mundo.

Cuando hacemos el bien de forma gratuita o altruista estamos fomentando la fraternidad humana, es entonces cuando nuestra conciencia se ajusta a la Ley Natural, cuando hacemos el mal desajustamos esa misma Ley. Esa Ley Natural la podemos sacralizar sin temor a equivocarnos, entendiendo la conciencia fraterna de los seres humanos, como la energía positiva que nos une.

Hagamos lo que hagamos tenemos conciencia de lo que hacemos, siempre y cuando tengamos nuestras facultades mentales en equilibrio. Deduzco que de ese equilibrio nace la Justicia que no es otra cosa que la conciencia misma y verdadera en su plano positivo.

La conciencia nos marca un antes y un después una vez somos iniciados; es en ese momento cuando deberíamos de ser capaces de tener una conciencia superior. Lo sagrado se revela o manifiesta en este hecho sublime de racionalidad. Esa racionalidad es la que nos hace humanos y por esto estamos hechos a imagen y semejanza porque somos la identidad que glorificamos.

Por supuesto que hay algo superior a nosotros: el alma de todos los seres humanos, su conciencia.



Sólo el ser humano está dotado de razón y la razón es lo que lo hace humano y es cuando manifiesta esa humanidad de energía positiva, aséptica, cuando crea su mejor obra, su obra más justa y fraterna, su obra más universal. Esa es la REALIDAD (con mayúscula): El Dios de cada uno, el Dios que está en cada uno de nosotros: El concepto del eterno de cada uno de nosotros.

En la ética griega el buen carácter es el de la persona que sabe tomar las decisiones correctas para alcanzar el mayor bien posible para los seres humanos. En este contexto es necesario hablar de normas, de esa dimensión del fenómeno moral que es la de la exigencia y la obligación y encontrar algún criterio para dilucidar cuáles serán correctas. Volvemos a la conciencia, pues tal criterio está sometido a ella y por el bien que se persigue, de manera que serán correctas las normas que conduzcan al mayor bien posible y cuanto más universales, más se aproximarán a la plena conciencia humana.

El cuaderno de instrucción del Maestro Secreto dice textualmente: “el por qué hay actos que todos abominan y hechos que el Universo ensalza, nos responderá nuestra Razón que si aquel conocimiento es intuitivo, y ésta nos fue dada para definirnos y comprender la Verdad, lo bueno y lo

malo, lo justo y lo injusto, no son creaciones sociales, como las “propiedades” del triángulo no son hechuras de nuestra fantasía sino el secreto de Dios; secreto que podemos descubrir en el mundo moral, y formularle para constituir la sociedad humana, y gobernarla con una Legislación de principios ciertos”.

Los Derechos Humanos en el contexto iniciático.

Como he comentado la conciencia humana, en su plano positivo, da lugar a la obra más universal, a la más justa, a la más Sagrada.

Hablando de justicia universal, tenemos que la “obra” más universal expresada por la conciencia más pura y sagrada, la más fraterna, esa obra hecha por y para el hombre (el hombre sagrado) son el conjunto de derechos humanos, porque en su conjunto inalienable se dan todas y cada una de las características de lo que he denominado “conciencia sagrada” del ser humano.

¿Y cómo decir que es sagrado algo hecho por y para el hombre? Porque, sin duda, lo hace en su plano de conciencia más profundo e iniciático, porque plasma el Dios que llevamos dentro en un conjunto de derechos para universalizar la fraternidad y de esta manera la PAZ. Son la expresión legal de los derechos fundamentales a los que cada persona tiene derecho como ser humano.

Los dd.hh. se basan y se fundamentan en tres pilares:

- LA LIBERTAD
- LA IGUALDAD
- LA FRATERNIDAD O SOLIDARIDAD

La Libertad , en un plano de conciencia superior, como es o debería ser el iniciático es innegable. El Maestro posee la libertad de conciencia y es imposible negarla a los demás si la tiene el mismo. Esa libertad de conciencia, en el plano iniciático, es una libertad interior, de tal forma que el maestro aun cuando estuviera preso en una cárcel, su alma es libre, al estar en un plano de conciencia superior .Es una libertad que traspasa cualquier tipo de barrera. Lo iniciático está unido permanentemente a la Libertad total y absoluta del alma. Por lo tanto esa libertad va de dentro hacia afuera, porque, evidentemente, lo que queremos es “romper” esa hipotética cárcel y que la libertad se manifieste tal cual en cualquier plano. Si se es libre en el alma habrá que intentar ser libre en el cuerpo.

Es por todo ello que llego a la conclusión que la libertad es innata al ser humano y al provenir de la más elevada conciencia, es Sagrada por sí misma. El ser humano nace libre por lo tanto la Ley Natural será que en su desarrollo siga siendo libre.

La Igualdad. La creación emana de la misma fuente, sea cual sea. Todo es diferente pero a nivel interno vuelve a lo mismo. En un nivel superior de conciencia no hay diferencias.

Existen diversidades en los seres humanos pero en un plano superior no significan que estas sean diferentes a mí en esencia. Esas diferencias carecen de importancia en un plano superior. La esencia es la misma. Por lo tanto deduzco que la Conciencia Sagrada tiende a igualarnos, por muy diferentes que parezca que somos.

Es por todo ello que llego a la conclusión que la Igualdad también es innata al ser humano y al provenir su evidencia de la Conciencia Sagrada , la Igualdad es un principio sagrado entre los seres humanos.

La Fraternidad o Solidaridad, que como hemos visto es lo más cercano a la idea de Dios, es el amor a los demás. Es evidente su carácter Sagrado con mayúsculas.

El reconocimiento de los derechos sustentados en tres preceptos Sagrados según la idea de Dios, hacen que me lleven a la conclusión que los Derechos Humanos son Sagrados en tanto en cuanto parten de bases sagradas. Son los preceptos de justicia más universales. Es otro Volumen de

Leyes Sagradas, más evolucionadas. Es otra Biblia, otro Corán, otra Torah, en otro tiempo, el nuestro...

Fin.....



“Dios no es propiedad privada de ninguna
Iglesia,
En todo caso será propiedad privada
De su propia privacidad
Y de cada propio que no se lo apropie
privadamente”

(Jesús Baltanás y Luis Eduardo Aute)

“La razón el Hombre la pierde y la recoge,
Dios la posee,
La deducción trajo la destrucción,
La destrucción trajo al Hombre.

Si el caos trajo al Hombre,
La energía que nos mueve es el caos;
Pero el caos puede ser Dios,
Dependiendo del Hombre.

No hacen falta falsas indulgencias,
No hacen falta hipócritas plegarias,
Sólo hace falta el QUERER ser HOMBRE,
Ese día el Hombre será Dios”

(Jesús Baltanás)



Bien, Mal, Libre Albedrío

Juan Sánchez Joya, 18º

Tal vez uno de los problemas ontológicos fundamentales que el ser humano se plantea, y de seguro el que con más frustración se ve incapaz de resolver, es el del Bien y el Mal y el del libre albedrío para elegir entre ellos.

La gran confusión deriva de la propia metodología del abordaje del problema. Es, pues, que tal metodología está incorrectamente definida, merced a la aplicación de unos presupuestos y axiomas indebidamente conectados, ya que se vienen a mezclar categorías heterogéneas.

Se insiste en afrontar el dipolo Bien-Mal desde un enfoque moral, cuando se trata, básicamente y previamente, de un problema ontológico. La Ética y su praxis moral no son sino productos de la resolución más o menos afortunada, oportuna y eficaz del verdadero problema de raíz.

Es ineludible, cuando el grado de capacidad de penetración cognitiva es limitado, que basemos nuestra conceptualización del Bien y del Mal en la también limitada experiencia que del asunto tengamos, y ello raramente supera los términos provenientes de la socialización que nuestra educación haya marcado y de la correspondiente introyección que de ello hayamos sido capaces de realizar en el atar de nuestra subjetividad.

Sin embargo, si alcanzamos un grado de libertad e independencia psíquica suficiente, podremos estudiar el binomio Bien –Mal, desde una perspectiva amoral en principio, y no condicionada, por tanto, por un resultado previamente conocido o señalado.

Así, irremediabilmente, llegaremos a un universo intrapsíquico y, hasta cierto punto virginal e inocente. Por supuesto es inevitable asumir que nuestra estructura intrapsíquica no es sino el producto de la interacción con el entorno, desde un temperamento personal, mediante una educación solidaria con el medio cultural dado, y en el ambiente caracterológico resultante de la biografía de nuestros actos y actitudes.

Aún así, desde el punto de vista metodológico, enmarcar el abordaje del problema en el ámbito intrapsíquico, es un punto de partida correcto, ya que garantiza que el asunto será discutido y analizado en la categoría que le corresponde y que el analista será individual, es decir, al menos en el momento del análisis, independiente, por más que, longitudinalmente sea el producto de la interacción de múltiples variables.

Pues bien, desde esta individuación transversal, el dipolo Bien –Mal, no puede por más que disolverse, pues sólo vemos el Bien y lo podemos definir como “aquello que yo quiero”, aquello a lo que aspiro”, quedando el Mal reducido a un concepto negativo por defectivo, en cuanto que es “aquello que diferencia lo que soy o lo que tengo de lo que deseo o a lo que aspiro” y también “todo



lo que impide o dificulta el conseguimiento de mis metas u objetivos”. Y el instrumento psíquico que permite reconocer el Bien y su ausencia, se liga, en el plano emocional, al binomio placer-displacer.

Si el ser humano individual conformara el universo todo de la Humanidad, no aparecería necesidad alguna de orden moral, que es lo que sucede en las estancias vivas subhumanas, donde apenas aparecen unas pocas variables más que el propio individuo, tales como los instintos relacionados con el reconocimiento de especie, y muy especialmente el del reconocimiento de la prole, que, como sabemos, ni siquiera afecta de igual modo a los dos géneros, una vez que en la Naturaleza aparece la especialización sexual.

Así, que el león devore a una gacela, no plantea conflicto moral alguno, sino que es un bien para el león, por oposición al hambre. La gacela, por su parte, temerá al león, pero no podrá odiarle, ya que no es capaz de culparle, lo que implica que no ve en él al Mal, sino a un accidente que impide su propio bien, la conservación de la vida.

La diferencia, cuando se trata del ser humano, es su capacidad de disociación intrapsíquica, que le permite el artificio de poner en la balanza a sí mismo y a otro individuo, y establecer una valoración diferencial entre ambos, haciendo de observador.

La capacidad de ser objetivo en tal comparación marcará el grado de aptitud para conocer la verdad. Dicho de otro modo, la capacidad de desasimilación de la propia subjetividad, le liberará, en grado variable de la servidumbre cognitiva que supone toda la carga de prejuicios, emociones y sentimientos que conforman su constelación racional.



Hasta aquí, hemos inmersos en una concepción del bien necesariamente simplista, que, aun superando el nivel básico animal, liga lo bueno con lo intrapsíquicamente deseado, sin más obstáculo que el eventual conflicto que puede surgir entre la propia aspiración y la del prójimo, diferencia ésta para la que el hombre está específicamente cualificado. En este punto se distinguen ya dos tipos básicos de hombres: los que tienden a resolver dicho conflicto en su provecho en un ejercicio de egocentrismo no forzosamente malintencionado, y los que, por el contrario, asumen un grado de conciencia superior, que, a su vez, puede alcanzar diferentes grados.

El primer grado de esta posición suprayoica sería aquel que impone cierto nivel de objetividad basado en una conciencia de pertenencia al grupo social, y la subsiguiente y necesaria aceptación del bien común como valor de mayor rango que el bien personal. Así, encontraremos seres humanos que aceptarán, de mejor o peor gana, la regla colectiva, el orden social, bien por la vía del consenso (“contrato social de Rousseau”) o por el acatamiento temeroso de la Ley en evitación del castigo. Acatarán, así mismo, la aplicación de la justicia de su grupo, sea por reconocimiento de la mayor sabiduría asignada a la autoridad jurídica, sea porque se hace consubstancial al propio contrato social.

Aún estamos muy próximos al nivel menos elevado de conciencia, sólo por encima del delincuente potencial o del mismo sociópata. Quienes ya han superado esos mínimos, el que pagan con su sometimiento a la Ley las ventajas del “contrato”: garantías de subsistencia, participación en el intercambio de materias y tecnología,

acceso a la cultura, protección en el más amplio sentido y una cantidad de oportunidades para alcanzar “lo deseable” indiscutiblemente superior a las de una vida solitaria y salvaje.

Al ascender peldaños evolutivos en el grado de conciencia, el ser humano empieza a identificar el bien con una correspondiente capacidad para substraerse a su propia identidad separada. De hecho, la visión unilateral del bien se le empieza a revelar como “carencia de bien”, ya no por efecto de un consenso moral, sino por propia vivencia ontológica que le eleva por encima de su materia e incluso de su psique, hacia las regiones del espíritu, donde comprende que la individuación se diluye, mientras que la participación y la comunión se enseñorean.

De este modo, algunos valores que ya se insinúan en grados inferiores de desarrollo y que se connotan con el amor, superan los límites de los familiares y allegados para extenderse, primero hacia cualquier semejante, por encima de sus rasgos étnicos, culturales, políticos, religiosos y éticos, y más tarde, hacia la Vida, hacia la Naturaleza y hacia la dimensión trascendente o espiritual. Por este camino se llega a la imprescindible expansión de conciencia en la que la fraternidad resuelve más conflictos de intereses que el contrato social, ya que juegan un papel relevante la feliz renuncia, la generosidad y el amor.

Estamos ya refiriéndonos a niveles a los que se accede por iluminación o iniciación.

La iluminación es un fenómeno menos escaso de lo que se supone. Más bien es frecuente, en cada persona, como chispas que intentan despertarnos. A menudo, sin embargo, no son capaces de prender un fuego duradero y, por tanto, no aportan una capacidad estable. Por eso, sí son infrecuentes los iluminados, es decir, aquellos que adquieren de modo más permanente el fuego de la verdad a partir de las chispas de la iluminación.

El misticismo parece alcanzar estos estados de conciencia superior mediante la vivencia extraordinaria. El ascetismo los busca mediante la mortificación del cuerpo material. El yoga, mediante la liberación psíquica. Las escuelas iniciáticas, por su parte, trabajan el llamado Camino del Medio, que es el que permite ascender sin luchar contra ninguna parte del hombre, sin huir de una vida aparentemente ordinaria, sin renunciar a ningún componente de la humanidad personal, sino caminando por la vereda de la Luz, de la intuición del Bien superior, amando las estancias más valiosas que moran en nuestra humanidad, sin odiar nuestras estancias menos evolucionadas, aunque quitándoles continuamente lastre para que puedan elevarse.

La vía iniciática permite trabajar, desde el principio, con los semejantes. Permite acostumbrarse al ejercicio del amor, del compartir, del apoyarse mutuamente, de despertarse unos a otros, de tal modo que las chispas de iluminación se multiplican como si multitud de chisqueros se esforzaran en prender una magnífica hoguera que, a su vez, guíe el camino de los que lleguen más tarde.

El Bien, a estos niveles, empieza a conformarse nitidamente como un absoluto, mientras que el Mal, pierde carta de naturaleza y pasa a definirse como cualquier estado y grado de ausencia de Bien, es decir, no como un polo opuesto o como un contrario, sino como una deficiencia o incompletud. Así, todo lo que no sea Bien completo, es un mal que hay que perfeccionar más que combatir, que hay que manejar con amor, mejor que con miedo y odio. Cualquier actitud que satanice al mal se configurará, si cristaliza, en una regresión hacia la otredad ajena, en una propensión al fanatismo, a la exclusión y a la superstición. De esas imprudentes vías nace el concepto truculento del Demonio, del Adversario, de quien se dice que su mayor poder radica en que los hombres no crean en su existencia. Esa entidad infernal vendría a personificar lo amenazante y tentador de nuestra acidia, de nuestro apego y de nuestro temor a evolucionar. Todo aquello que neguemos de nuestra propia naturaleza pasará a engordar el saco de nuestra sombra, pesada carga que, desde el inconsciente, nos lastra tanto más cuanto más intransigentes nos mostremos en nuestras elecciones y nos hace enfermar en su puja por revelarse.

Con tales premisas, el concepto de ética dejaría de ser maniqueo para pasar a ser vocacionalmente evolutivo, y el concepto de moral dejaría de ser dogmático y restrictivo para convertirse en amor

hacia la parte espiritual que nos habita a todos y que tiende con naturalidad, aunque con trabas, hacia la comunión.

Haciendo un paralelismo bíblico, estaríamos ante el mensaje esencial que convierte el orden moral del Antiguo Testamento en la vía iniciática y crística del Nuevo Testamento, al margen del dogmatismo con que las diversas religiones han pretendido apropiarse de esa verdad esotérica.

Para un Caballero Rosa Cruz es fundamental, cuanto menos, comprender estas pautas y, a ser posible, vivirlas, ya que se trata de un grado masónico concebido para iluminar a otros masones, para actuar como faros de su camino hacia la espiritualidad. Si algún H.º. sucumbiera a la literalidad de las alegorías del Grado 18 o se perdiera en alguna de sus facetas de forma exclusiva, estaría renunciando a la riqueza esotérica del Filosofismo, a riesgo de caer en una religiosidad fanática, en una identificación caballeresca superficial, en un misticismo orillado, en una estéril e incompleta especulación filosófica o en una fantasmagórica miopía alquímica. El Grado 18 es un compendio multifacetario y esotérico de la espiritualidad iniciática y nada de lo que contiene es prescindible ni diseccionable. Por ello, se trata de un grado crítico, lleno de puertas falsas que hay que discernir para seguir por la vía correcta, aquella que está entre la Escuadra y el Compás, la que impide que el M.º. M.º. yerre.



Si, tal como hemos desarrollado, no hay posibilidad de elección entre dos absolutos, como serían el Bien y el Mal, ya que concluimos que lo único que existe es el Bien, el problema del libre albedrío se simplifica. Se trataría, pues, de poder elegir entre caminar o estar quieto. Siendo el movimiento consubstancial a la vida, cualquier grado de renuncia a moverse, se asociaría con carencia de vitalidad, y, en su estado cristalizado, con muerte desde el punto de vista espiritual.

Se plantea, no obstante, la necesidad filosófica de resolver dos cuestiones. La primera se enuncia en el sentido de cuál ha de ser la trayectoria del movimiento, la que permita crecer, la que posibilite no morir. La respuesta es menos compleja de lo que podría pensarse, puesto que todo movimiento, para que así merezca denominarse, se orientará hacia la luz. Cualquier otra dirección supondrá una vibración estéril, una agitación ineficaz con apariencia, sólo con apariencia, de verdadero movimiento. Y, aún más, toda trayectoria que se aleje de la Luz se constituirá como una regresión evolutiva, como un camino cierto hacia la muerte.

Para distinguir la Luz de las tinieblas no se precisa mayor esfuerzo que vigilar, que estar atento, que perseverar. Cuanta más Luz reciban los ojos de nuestro espíritu, mayor irá siendo nuestra capacidad para percibir la Luz y menor la probabilidad de errar.

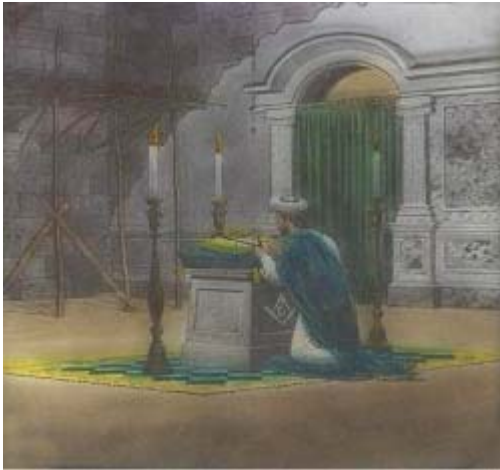
La segunda cuestión es si realmente somos libres de elegir entre el movimiento y la quietud o la regresión, o si, por el contrario, somos reactivos a inevitables determinantes.

Efectivamente hemos de asumir la fuerza de condicionantes, más de ellos cuanto menor sea nuestro grado de evolución, cuanto menor sea nuestra independencia para actuar, cuanto más limitadas sean nuestras capacidades. Sin embargo, ningún hombre es siervo absoluto de un determinismo prefijado, ya que la llama interior que trabaja a favor de su movimiento es parte del fuego colectivo espiritual e introduce permanentes variaciones en el estado homeostático de cada individuo, de manera que, por más que se resista al movimiento, por más que pretenda contrariar el

magnetismo del Bien sobre su chispa divina, no podrá evitar todo el tiempo migrar hacia la Luz. Por tanto es una cuestión de tiempo que, aunque probablemente supere la duración de una vida humana, finalizará en la irremediable reunión de fuegos con el fuego principal. Así, por un lado, somos más o menos, pero al fin libres, de participar o no en esa Obra, o de elegir en qué grado vamos a intentar hacerlo, y por otro, existe un destino que nos incluye al que no podemos substraernos. Pero al fin, los retrasos personales en el llegar son de una magnitud irrelevante frente a lo Absoluto y Eterno.

Como se puede apreciar, cualquier intento de sistematizar estos conceptos choca irremediabilmente con la incapacidad propia de lo contingente para definir lo Absoluto, pero ello no impide formular la particular visión de cada grado evolutivo, de forma que guíe a los que vienen detrás e intente tomar contacto con los que preceden a través de la intuición de la Verdad. Permaneciendo en este camino, la fe va siendo superada por las certidumbres y la esperanza, por la confianza. La caridad, finalmente, se transfigura en el propio Camino.





Santuario

Jorge Ceballos, 14º

El constructor ha muerto y con él la materia primera. La Palabra se ha perdido y sólo sobreviven restos alegóricos en espera de su reencuentro. Desmembrado, el Maestro está perdido en el laberinto de su propio templo, en un continuo peregrinaje entre la Escuadra y el Compás para situarse en el Centro. La muerte de Hiram ha traído la oscuridad saturnal y el inicio de la búsqueda del misterio de la regeneración, pero sus cenizas aun albergan la llama inextinguible del Creador. El Maestro conserva su débil lámpara en la oscuridad visible aunque se halle inmerso en el reino de la escuadra. En su conocimiento de la luz secreta, su vela es su maestra. Debe pues buscar sin descanso y en silencio sobre sí mismo el camino oculto que se revela por los resortes misteriosos de la voluntad y la Gracia. El sendero se presenta sinuoso, pero engendra múltiples posibilidades dadas las potencialidades numéricas del 9 en sus múltiplos. No está sólo. La Obra de la Naturaleza que abraza la Luz oculta y que se refleja en la plata de la escuadra le impulsa a la perseverancia. La caja de hueso que es su cráneo, guiado por la plata viva de Isis, se ilumina por la Mente superior, y a través de ella los misterios de la naturaleza y las fuerzas del universo se rinden ante el triunfo de la Aurora.

El descenso por el dédalo subterráneo acaba, y como nos revela Eugenio Filaleteo en su “Luz de la Luz” la Naturaleza abre finalmente la puerta del Santuario: “Durante todo este tiempo has servido sin recibir un salario: ha llegado ahora el tiempo de tu recompensa. Te doy gratuitamente mi amor y junto a él las prendas: mi llave y mi sello. Una abre, el otro cierra: asegúrate de utilizar ambos con discreción. En cuanto a los misterios de mi escuela, tienes la libertad de estudiarlos todos, no hay nada que yo no quiera revelarte con placer. Sólo te recomiendo un único precepto: debes guardar silencio.. y te daré.. mi Santuario”



En verdad, el Maestro que ha descendido a la tumba de Hiram, y ha hecho perecer al hombre viejo, y conocido el misterio de la muerte, descubre que es a la Vida hacia donde se encamina, que la regeneración le desvela un Tesoro o Sol oculto guardado con Llave que debe ser depositado allí donde el hombre habita en la tierra con su Creador: el Sancta Sanctorum o la Pirámide. La Llave de marfil de esta urna de Oro abre el arcano oculto del cráneo, la vida superior desprendida de toda putrefacción, y penetra en la sepultura con el fin de extraer de ella el principio de vida. Su quiebra por indignidad sólo puede ser evitada si antes es forjada en los fuegos de la materia, y por ello sólo es aceptable si proviene de la Naturaleza misma, y se ha purificado en ella por el Espíritu.

La Luz central o chispa divina guía todo el proceso en busca de un nuevo y resplandeciente cuerpo de Luz, un nuevo ropaje de lino blanco, tras haberse despojado de las viejas vestiduras. Esta es la vela secreta de Dios, que la ha incorporado dentro de los elementos: está encendida sin ser vista, pues brilla en lugar oscuro.

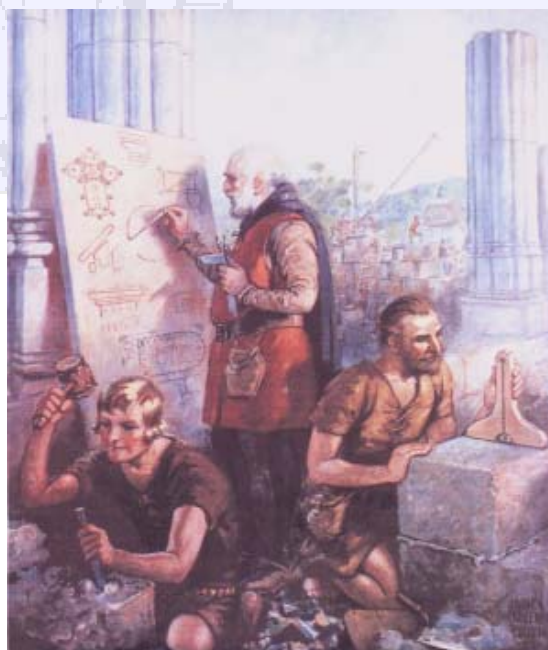
Está oculta por la espesura de la materia pero sus efectos son aparentes en todas las cosas. Su ausencia o presencia en el Ser interno del hombre lo lleva al florecimiento o a su perecer, y sólo habita en esplendor en el interior del Santuario, “mansión sellada llena de luz y de divinidad”. Pues el sello del creador está impreso indeleble en el hombre, y éste sólo tiene que reunificar su Nombre en el Tetragrama para hacer descender el Espíritu a la materia. Así, por este Fiat Lux que encontramos en la letra iod, la década de la tetraktys, el hombre conoce en su alma a Adonay, restableciendo el vínculo entre IAVÉ y su criatura. De las cenizas de la carne corrompida renace por el Espíritu un segundo cuerpo o materia para el Maestro, tal como nos relata Paracelso acerca de la regeneración de la rosa mística en la cruz, e ilustra San Pedro en sus dos llaves: una de plata y otra de oro; la materia primera y la materia segunda; la Acacia y el Laurel – Olivo.

La putrefacción de la Obra que ocupaba la tumba y el Alma, y que venían señaladas por la acacia o materia primera agitada por el Fuego Celeste, se convulsiona ahora entre espesos vapores que ascienden hacia la superficie del Vaso para caer como rocío purificador. El Bautismo por el Agua celeste comienza con el fin de llevar la Piedra al Blanco, a la pureza, antes de recibir los baños de Fuego y producir la Piedra al Rojo. La Piedra se colorea de un intenso verde esmeralda, signo de regeneración, que se debate cruelmente ante las irisaciones del Blanco. El Maestro busca el sello de Hermes, la realización de la Obra en la unión del Cielo y la Tierra por el Fuego y el Agua, y su ascenso hasta Tiferet en el árbol misterioso que abre la puerta del Santuario. Pero para ello debe triunfar en el laberinto –el absolum o absoluto–, desprenderse de toda dualidad, vencer a la bestia que guarda el Centro, al guardián del Jardín, al León verde que se agita por el asedio de las águilas, y a los monstruos que circundan el Santuario y el Arca para alejar a los indignos.

Pero, ¿dónde hallar el Hilo de Ariadna que nos lleve de regreso? ¿qué misterioso telar teje el Alma para salir de su propio cautiverio? ¿acaso es la Conciencia iluminada ese hilo, esa Llave que nos conduce al Centro de lo Absoluto y abre la Cámara Secreta?

Filaleteo nos lo dice claramente: “ sigue únicamente a tu Guía, que se te ofrecerá y te encontrará en camino... A tu encuentro vendrán leones, dragones, y otras bestias terribles..Se firme en tu resolución [y] el Guía que te ha conducido hasta allí no soportará que te ocurra ningún percance.. Se producirá un fuego que consumirá la mugre de la tierra y... al despuntar el día verás la Estrella de la mañana levantarse, aparecerá la aurora, y descubrirás el Tesoro”.

El Maestro Secreto comienza su trabajo al amanecer de la Obra, cuando el sol oscuro cede ante la Aurora precedida de la Estrella de la mañana, anuncio seguro del Árbol Lunar y de la Piedra al Blanco. Su Ojo interno, el Sol espiritual iluminado por la Luz superior, ha rasgado el velo de Isis para iluminar todos los secretos de la Naturaleza, y ha despejado la Nube oscura o vapores venenosos de la materia. La Diosa llora y esparce sus lágrimas blancas reverdeciendo cual Osiris al Maestro, pues es la potencia celeste corporeizada. Como las nueve musas, o los nueve maestros, en las lágrimas blancas asistimos a las acciones del volátil de la Obra, el Mercurio, en su manipulación de la Piedra hacia el Blanco. Este “húmedo radical” es la infusión amorosa del Espíritu Universal de vida que puede ser atraído por el Imán del adepto para su crecimiento y perfección, y que bajo la operación lunar, porta en su seno el Espíritu ígneo que anima toda la Obra. Así pues, el Maestro, auxiliado de la Diosa o Virgen Blanca, triunfa sobre las pesadillas y fantasías volátiles, para merecer el laurel de la sabiduría delfica y presenciar el olivo que portan las palomas, el mercurio volátil que anuncia el fin del Mar oscuro y la estabilización o fijación del Arca.



Este ascenso del Sol filosófico hasta la cúspide del Vaso, simbolizado por el vuelo de las Palomas de Diana o el volátil de las águilas, purifica la materia, espiritualiza lo fijo. Por ello el águila, símbolo de la iniciación a la masonería filosófica, es el ojo interior que remonta su vuelo hacia lo más alto, y es capaz de mirar directamente al Sol, al Espíritu puro. De esta manera, bañado de la radiancia de la vida solar, el Espíritu se llena de Luz y de calor, de voluntad y sabiduría, de Amor y de fuerza vital. Es el Fuego Secreto e inextinguible del Corazón de Hiram hallado en su tumba y transportado al Santuario de la Consciencia. Es el símbolo de la regeneración mística que hace aparecer al Maestro en un Cuerpo de Luz “resplandeciente” (Z.:). Es la posesión del Espíritu en plenitud y por tanto de la vida trascendental y la visión metafísica del Cosmos. Por ella, el hombre despeja la nube que cubre el Sancta Sanctorum, y trascendiendo los secretos sustitutivos, toma posesión de la clave o llave de la Obra que da acceso a sus excelsos secretos, y le libera de toda atadura ilusoria. Coronado así vencedor del León, de lo fijo, por el olivo y el laurel, el Maestro amalgama el Cielo y la Tierra y hace regresar más tarde a la Paloma y al águila, para “coagular” en sí mismo su propio Tesoro. Esta es la operación por la que el águila sujeta un triángulo invertido, signo del descenso y coagulación de la energía volátil, y por el que podemos decir que la Piedra cúbica se hace blanca y perfecta.



El misterioso Dios Fanes llamado el “resplandeciente”, ángel de la iniciación equiparado con Eros y Mitra, dueño y señor de la creación hasta que su cetro llegó a manos de Zeus (el Régimen de Júpiter en la Obra), era invisible y silencioso incluso para el resto de dioses. Había nacido del Huevo cósmico como hermafrodita alado, y reunía las tres sustancias de la materia: mercurio, azufre, y sal; con lo que otorgaba el alma a la materia por la acción del Fuego Celeste, y producía el nacimiento del niño filosófico, la Luz, en la Aurora primaveral del tránsito zodiacal. Sus atributos: la antorcha, el cetro, y la serpiente que enrosca su cuerpo, expresan la energía mercurial que se desliza por el Eter fecundando la materia, y nos resume la fase de creación en la que se encuentra el Maestro Secreto, y su evolución hacia la perfección.

El Maestro Secreto realiza realmente el magisterio. La blancura de su consciencia le convierte en un fiel transmisor de la Luz. Ésta surge por sí misma de las Tinieblas y habita con Dios en su Divina Presencia, la luz blanca de la Shekhinah, y se manifiesta sobre el Arca, la Tradición perennis, en la menorah de los siete cuerpos

luminosos que iluminan el firmamento de la consciencia del hombre. La vida está en él y la vida es la luz resplandeciente de los hombres en medio de las tinieblas boreales.

Su recorrido por el atrio y el templo, le lleva a penetrar sigilosamente en el Santuario bajo la atenta vigilancia del Angel o Genio del Lugar. Allí reposan el Arca y sus Tesoros: las Tablas de la Ley, el Maná, y la Vara de Aarón, e inocente y humildemente el Maestro Secreto accede a la revelación silenciosa, al esplendor de la Verdad que se produce por la reunión del hombre con Dios y la Naturaleza. Por ella, la estrella resplandeciente del ser humano en el 4º grado se reúne con la Trinidad, y se inscribe en el círculo de la totalidad, generada desde el Principio o chispa vital inserto en toda creación.

El Santuario constituye la invisible fuerza que se conoce en Secreto por su acción, por ello la Llave del Maestro abre sus misterios pero también cierra a los indignos el laboratorio de la naturaleza. De esta manera, el Maestro Secreto se convierte en un silencioso custodio de los Tesoros del Arca bajo la atenta vigilancia de los Querubines que la custodian, y permanece solitario con su lámpara a la espera de la Verdad revelada en el Corazón.



Luz en la oscuridad: breve introducción a la venganza

Antonio Sánchez, 9º

Venganza es buscar satisfacción al agravio padecido.

Ilusionado con el ánimo de analizar la venganza comienzo por exponer que hay quien la reprocha y quien la justifica, y cómo las opiniones no nos llevan a la validez de las mismas, por ello, voy a realizar una actuación introspectiva buscando una fuente propia y universal, que determine si nuestros actos o conductas tienen un mayor o menor nivel de ética. No voy a buscar ni apoyos morales, ni religiosos, ni políticos, ni legales, ni tampoco el consenso, porque no los entendemos por sí mismos suficientes para este trabajo. Trataré de ir en búsqueda de esa verdad que pueda dar sentido a cada cuestión que uno pueda plantearse.

De modo simbólico diremos que “En un principio era el verbo, y éste se hizo carne”, y se hizo éste con el nombre de Hombre, distinguiéndose de otros seres, como los animales y las plantas”. El Hombre nace, crece se multiplica y muere. Y en el camino surgen sus actos, el amor, y el odio, la desidia, la voluntad, y entre éstos surge la Venganza ... El hombre, una vez que logra, cubrir sus instintos y necesidades comienza a discurrir, y surge el pensamiento, y poco a poco la Filosofía. Y a la Filosofía le interesan el Mundo y el Hombre. La Filosofía nace de la esencia del Hombre, de su libertad.

El Hombre y su igualdad están implícitas en el ego, y las reglas éticas fundamentales, (Levítico 19,18 amarás al prójimo como a ti mismo), (Declaración Universal de los Derechos Humanos de la O.N.U. de 10/12/1948). Sin embargo existe la tendencia por la que el individuo o grupo tiende a sentirse superior a los demás, factor positivo para superarse, y negativo, que puede convertirse en egolatría, y tiranía. Es por esto que se hace necesario que exista la reciprocidad, que nos ha llevado a la idea y praxis de la Justicia, que busca compensar, sancionar y rehabilitar, y mantener el factor coercitivo. Busca la igualdad.

La Filosofía significa Amor la Sabiduría, (de raíces griegas, filos y sofía), La persona que estudia Filosofía se da cuenta de la enorme diversidad de sistemas explicativos de la realidad. La Filosofía busca la libertad del ser humano, busca la igualdad, entre los seres humanos, y busca comprender el pensamiento de otras personas, y hacer comprensible la unión entre las personas, respetando la libertad y la igualdad de las personas, busca la fraternidad.

La Filosofía se ha dividido en múltiples ramas como: Antropología; Lógica; Teoría del Conocimiento; Ética; Estética; Metafísica; Teodicea; Cosmología; Filosofía del derecho; Filosofía política; Filosofía de la historia, etc.

Una de estas ramas, la ética se ocupa de filosofar sobre los actos humanos. La ética es un conjunto de normas, que un sujeto ha esclarecido y adoptado en su propia mentalidad, como



resultado de su reflexión y elección, e influye en su conducta desde su conciencia y voluntad. Su fundamento está en el valor descubierto internamente en la reflexión de un sujeto.

La Moral son normas que se transmiten de generación en generación, para orientar la conducta de los integrantes de una sociedad. La Moral actúa desde el exterior o desde el inconsciente, imperando el aspecto prescriptivo, legal, obligatorio, y sancionador. Es decir en las normas morales destaca la presión externa.

Existen dos tipos de actos, los Actos humanos y los Actos del hombre, ambos son ejecutados por el hombre pero poseen ciertas diferencias:

Los Actos Humanos son ejecutados consciente y libremente, es un nivel racional e interviene la inteligencia y la voluntad. Estos son el objeto material de la Ética y son los que pueden ser juzgados como buenos o malos desde el punto de vista de la Moral.

Los Actos del Hombre carecen de conciencia o de libertad, (la digestión, la respiración), etc. Los actos del hombre carecen de moral (son amorales) y no pueden juzgarse desde el punto de vista moral como buenos o malos.

Asimismo he de dar valor a los actos de acuerdo a una escala de grados o valores, y así podemos distinguir, en una clasificación, seis criterios, de menor a mayor valor ético: El placer y los instintos; Las normas inconsistentes y el Super Yo; La presión social; Las normas morales y civiles; Los valores apreciados por sí mismo; y el Yo Profundo.

El Placer y los instintos. Es un nivel normal entre niños o adultos no han sido educados o no han madurado hacia otros valores superiores.

El Super Yo. El sujeto se orienta por normas o valores que le han inducido desde la infancia, y forman parte del inconsciente y tienen carácter autoritario, e impide al sujeto hacer excepciones cuando sea una situación dudosa. La orientación es mecánica.

La presión social, como la moda, la propaganda propone una inercia. Es un criterio de escaso valor ético, sin embargo es superior a los anteriores debido a que se trata de una orientación consciente (aun que no siempre en su totalidad).

El Criterio Legal. Orientar la conducta por normas. -Surge el legalismo.

El Yo Profundo. El Criterio Axiológico. Los valores internamente percibidos y apreciados como tales; coincide con "actuar por propio convencimiento". Orientar su conducta, aún cuando tenga que ir en contra de normas, la presión social y sus instintos, (esto no quiere decir, que no deba acatar las normas, o que deba ir contra ellas). La mejor manera de alcanzar estos niveles superiores es la ilustración y luego la reflexión o meditación para captar y asimilar los valores superiores y los comunitarios que influyen en la vida humana.

La educación en valores puede orientar hacia la ética, y viceversa.



Una persona libre es el autor de su conducta, y él la determina en función de los valores que previamente ha asimilado. La condición previa de la libertad en un individuo es la captación y asimilación de los valores.. Así la libertad puede aumentar o disminuir a lo largo de la vida. Los factores que limitan la libertad son: los condicionamientos, el Super Yo, las manipulaciones ajenas, las emociones y las ataduras de una filosofía pesimista.

La percepción de los valores es indispensable para que exista un acto libre. Pero la libertad humana no es absoluta y existen obstáculos. En la medida en que falta libertad, el acto humano pierde su calidad de humano y llega a convertirse en un simple acto del hombre. Existen obstáculos contra la libertad como : la ignorancia; la ambición,(y envidia); la violencia ; el miedo; la ira; y los desajustes psíquicos.

De este modo cuándo se actúa con Violencia, no se actúa libremente, y no seremos felices. Así el vengador no será feliz. Y la esencia y razón de ser de nuestra existencia está en la felicidad. Una felicidad libre, ética y madura que propugne un mundo mejor. Porque la felicidad está ligada a la ética desde antes de Aristóteles. La felicidad sobreviene cuando el hombre pone a funcionar sus potencialidades. El Hombre debe ser Feliz. Y la felicidad es la consecuencia normal de un funcionamiento correcto del ser humano.

Conclusiones

Desde que el Hombre existe comienza a pensar y a filosofar, y cuándo lo hace aprender a entender diversidad del pensamiento y a comprender la libertad de otras personas, a las que define libres, e iguales, y aunque diferentes busca la unión con ellas, busca fraternizar. De este modo busca conductas éticas, y éstas sobrevienen cuando el hombre aprende valores desde su interior, por propia convicción, y los racionaliza, y en el nudo de su propia existencia sirven para que en honor a la libertad se actúe de forma pacífica y serena, y se arbitre su propia Justicia.

Aquellas entidades, y organizaciones que usando la moral, las normas o la religión, con fines interesados buscan manipular la libertad no pueden hacer creer a los hombres ilustrados y libres que la masonería, que propugna la felicidad de la Humanidad , pudiera creer nunca en la venganza.

El Hombre yerra y es imperfecto y ello justifica que sus actos sean objeto de reprobación y sanción, y el medio es la Justicia , que es quien debe valorar las las conductas, dando satisfacción , equidad y compensación al agraviado, y re-educación y sanción al ofensor.

Desterrar la Ignorancia nos lleva a humanizar nuestros actos, y potenciar nuestra libertad y a la búsqueda de la ética, ésta nos lleva a buscar el -bien por el bien-, y éste a la felicidad.